

PROYECTO REGIONAL CHIHUAHUA

Reseña del ensayo reciprocidad y vida social en la Tarahumara. *El complejo tesguino y los grupos del sur de la Sierra*, de Eduardo R. Saucedo Sánchez de Tagle *

Antrop. Fís. Pedro Manuel Arjona Argüelles
COORDINACIÓN NACIONAL DE ANTROPOLOGÍA - INAH

Introducción

Este interesante trabajo, más que buscar la dudosa ventaja de un modernismo a ultranza, se nutre tanto estilística como teóricamente de los trabajos antropológicos, pero en muchos sentidos aún vigentes sobre la región. Aporta principalmente dos elementos novedosos: por un lado, un enfoque regional en el que tanto los Rarámuri (Tarahumara) como los Ódami (Tepehuanos del norte) son vistos como dos grupos indudablemente diferenciados pero relacionados entre sí y con la población mestiza de la zona de múltiples maneras históricas, económicas y sociales; por otro, hace un esfuerzo, no por incipiente menos valioso, por presentar cómo las influencias de los años recientes han influido y están influyendo en cambios en las estructuras políticas de ambos grupos.

Fiel a la forma clásica, este trabajo describe el entorno natural y las constricciones que presenta al estilo de vida de los pueblos de la sierra, y realiza un breve recuento etnohistórico de la región. Prosigue con una descripción de las dos prácticas culturales más importantes de estos pueblos para comprender su estructura social y organización comunitaria, y concluye con las influencias recientes que están alterando esta estructura y organización.

Entorno natural

Aun cuando a la región le correspondería un clima subtropical en transición a templado, por encontrarse ubicada ligeramente al norte del Trópico de Cáncer, su accidentada orografía convierte a la sierra en un complejo mosaico de microclimas. A corta distancia, es posible encontrar bosques tropicales húmedos en el fondo de las barrancas (donde el calor y la humedad llevada por los ríos se concentran), climas tropicales y semitropicales secos dominados por plantas serófilas en el fondo y laderas de gargantas secas y bosques templados en las cumbres, además de diversos ecosistemas transicionales entre un tipo y otro. Por tanto, los habitantes de la región disponen de un gran número de productos bióticos, tanto silvestres como cultivados, pero, dado que cada microclima ocupa muy poco terreno, existen pequeñas cantidades de cada producto.

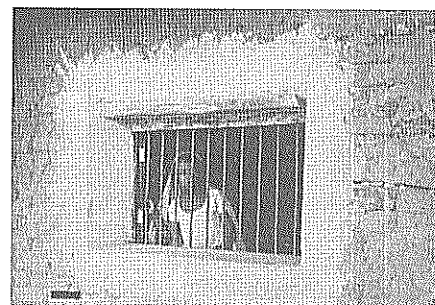
En particular los microclimas con suelos planos y profundos, los únicos aprovechables con las técnicas agrícolas existentes en la región para la agricultura cerealera

en general y maicera en particular, son peculiarmente escasos y pequeños.

Por razones históricas la población indígena ha sido desplazada de los valles pluviales más anchos, lo cual ha propiciado que la ocupación del terreno sea muy dispersa. Cuando las circunstancias lo permiten -la reciente expansión demográfica está terminando con esta práctica-, los indígenas mantienen asentamientos seminómadas, en los que cada unidad doméstica busca tener terrenos de cultivo en microclimas distintos para maximizar el aprovechamiento de los recursos que les ofrecen, lo que con frecuencia está ligado al mantenimiento de por lo menos dos residencias.

Etnohistoria

Dado el carácter etnográfico de la investigación que da origen al texto, el autor procede a revisar brevemente lo que la arqueología y la etnohistoria nos informan sobre el pasado de la región serrana del norte de México. Los cuatro grupos que actualmente la habitan son los sobrevivientes de un grupo de alrededor de ocho que existían en el momento del contacto. Todos los grupos sobrevivientes pertenecen lingüísticamente a la familia Yuto-azteca y han sido, tanto en el pasado como en la actualidad,



Winfield Scott. México, 1903-1906.

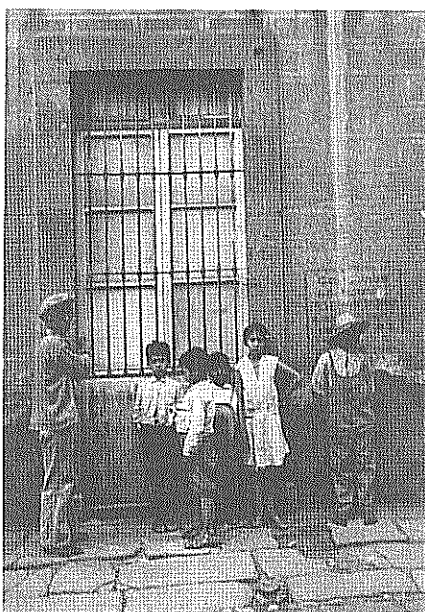
muy similares en cuanto a cultura material, por lo que la distinción arqueológica de los mismos es muy difícil.

En términos generales, los restos de ocupación humana más antiguos encontrados en la sierra corresponden a un sociedad de agricultores incipientes (es decir cazadores-recolectores que practican como actividad complementaria la agricultura) seminómadas, que por su cestería (no practicaban la alfarería) pueden suponerse culturalmente emparentados con los habitantes del suroeste de la Unión Americana y han sido denominados cultura Basket Maker (Canastera). Posteriormente, se desarrolla una segunda fase, en la que se practica una agricultura más avanzada, con cerámica y un mayor repertorio de técnicas agrícolas y especies cultivadas, complementada (como sucede hasta la fecha) con caza y recolección. Esta fase, por su costumbre de modificar arquitectónicamente cuevas y abrigos rocosos para mejorar su uso habitacional, es denominada fase Cave Dweller (cavernícola). El término fue provocado por la conquista española, la cual implicó una revolución tanto en cultura material como en estructura social para la región. Durante su estancia en la sierra los misioneros introdujeron tecnologías y prácticas culturales sin las cuales es imposible entender la situación contemporánea de los pueblos de la sierra.

Para terminar su fase descriptiva, el trabajo se centra en la región sur de la sierra (los municipios de Guadalupe y Calvo y Batopilas) y empieza por describir a los tres grupos humanos que habitan la región.

Por un lado, en el norte de México, los Rarámuri o tarahumares representan un numeroso y bien estudiado grupo indígena, cuya zona de influencia se extiende mucho más al norte de la región de estudio del texto de referencia.

Por otro, están los Ódami o Tepehuanos del norte, grupo lingüísticamente separado de los Rarámuri pero muy cercano en costumbres y cultura material, históricamente relacionados con los Tepehuanos del sur, pero con grandes divergencias culturales aparecidas durante el periodo colonial y en el México Independiente. Este grupo se encuentra mucho menos estudiado, y con frecuencia el autor se ve obligado a tratarlo con referencia a los tarahumares.



Fotógrafo no identificado. Ciudad de México, ca. 1925.

Por último están los mestizos, nombre con el que se designa a todos los pueblos de la zona cuya lengua nativa es el castellano. Representa el grupo más numeroso pero menos estudiado de la región, y al parecer varían mucho en orígenes y costumbres. Sin embargo, son el grupo con mejores ligas y mayor comprensión de la realidad extraregional, características que con frecuencia utilizan para convertirse en el grupo dominante.

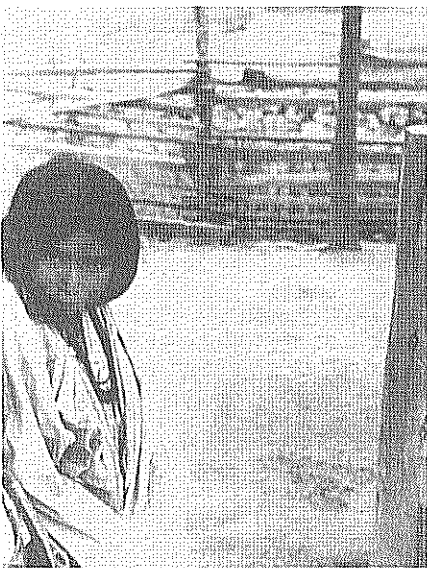
Prácticas culturales asociadas al mantenimiento de la estructura social y organización comunitaria

En este apartado, etnólogo Saucedo inicia un análisis de los mecanismos de reciprocidad social a partir de dos prácticas culturales que, como muchos otros autores, considera centrales a las culturas de la Tarahumara.

La primera de ellas, el "dar" (tíbaaimi entre los Ódami y kórima entre los Rarámuri), consiste en la sesión de bienes, usualmente alimentos, ocasionalmente herramientas u otros bienes, otorgados por un miembro de la comunidad (que cuenta con excedentes) a otro que, en principio, pasa por un momento de escasez. Ésta es una forma de la llamada reciprocidad débil, en la que la persona que recibe el don no está obligada a devolvérselo al otorgante, si no que está socialmente compelida a otorgar el mismo tipo de ayuda a cualquier otro miembro de la comunidad que la requiera cuando se haya recuperado de su actual situación y tenga la oportunidad. Por su parte el otorgante ve aumentado su prestigio social, lo que en su momento puede convertirse en poder político al interior de la comunidad.

Esta forma de solidaridad se extiende con frecuencia a miembros de otras comunidades de la misma etnia, más raramente a miembros de otras etnias de la región y ocasionalmente a viajeros en tránsito de otras regiones.

La segunda práctica, la más característica e importante dentro de la región, la constituye la fiesta organizada para el consumo de cerveza de maíz o tesgüinada. Esta institución, frecuentemente atacada por viajeros y reformadores sociales poco avisados por los momentos de gran licencia social y el consumo de bebida alcohólica que le están asociados, es de máxima importancia para la comprensión de la cultura y economía de tepehuanos y tarahumares.



Fotógrafo no identificado. México, ca. 1965 (detalle).



Agustín V. Casasola o Miguel Casasola (atribuida). Lecumberri, Ciudad de México, ca. 1915.

La cerveza de maíz, denominada en español tesgüino o chicha, es una bebida muy común entre los grupos étnicos originarios del norte de México y el sur de los Estados Unidos, y es también de gran importancia social y ceremonial en la región andina de América del Sur. Aunque por su fabricación artesanal sus características varían en cada comunidad e incluso en cada casa. En términos generales presenta una bebida espesa y turbia, en ocasiones ligeramente espumosa, de color café amarillento, de sabor menos amargo que la cerveza occidental y un volumen de alcohol del 4 al 8 %.

En la sierra, esta cerveza jamás es consumida por su fabricante en un contexto cotidiano; siempre se elabora y se consume como parte de una tesgüinada. El tesgüino para los pueblos serranos es una bebida de carácter numinoso, un don de dios a los verdaderos hombres para que con él pudieran realizarse las tareas y los rituales, y honrar a la deidad (a Diuxi en tepehuano o Onorúame en tarahumar) mostrando su alegría por la vida y su goce por la belleza y majestad de la creación. Una tesgüinada está compuesta de dos partes: en la primera los invitados realizan una tarea de carácter sagrado (una danza de curación del campo, por ejemplo) o profano (como podría ser la construcción de una casa o el corte y apilamiento de cañas de maíz para rastrojo), en beneficio del anfitrión. En la segunda parte de la celebración el anfitrión simbólicamente convida a sus invitados tesgüino.

Participar en la red social del tesgüino, es decir, ser invitado a tesgüinadas y, en su momento, anfitrión de las mismas, tiene una indudable importancia económica, en las sociedades poco monetarizadas de la sierra, por lo que sería casi imposible reunir fuerza de trabajo que superara a la del grupo doméstico de otra forma, sobre todo para las unidades domésticas en formación, que sin tener una gran producción agrícola u otras fuentes de financiamiento, requieren de gran cantidad de trabajo para desbrozar los campos y construir los edificios necesarios para una explotación agropastoral exitosa.

Por otra parte, buen número de los rituales que un Rarámuri o Ódami consideran necesarios para el buen éxito agrícola, sólo

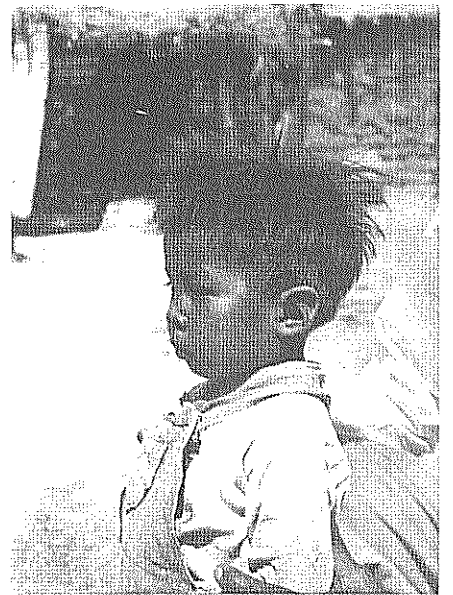
pueden realizarse en un contexto colectivo, que únicamente puede tener lugar durante una tesgüinada.

Asimismo, tiene un papel esencial en la reproducción social del grupo, al convertirse en espacio de convivencia e intercambio social vital para el establecimiento y reforzamiento de relaciones comunitarias. Por ejemplo, un tarahumar o tepehuano que sea un anfitrión frecuente y exitoso, adquirirá también por este hecho una buena cantidad de prestigio al interior de la comunidad. Es también un espacio para que las autoridades tradicionales realicen discursos moralizantes de gran importancia como mecanismo de control social del grupo.

El otro contexto social en el que se consume tesgüino es el de la fiesta comunitaria, donde la semana santa cobra importancia y su organización es discutida por el etnólogo Saucedo.

Posteriormente, el texto se centra en la estructura social y los mecanismos de control social de estos grupos.

Ambos grupos mantienen actualmente una estructura derivada de la impuesta por los misioneros en la época colonial y se basan en el cabildo español. Los cargos son designados por aclamación o votación pública en



Raúl Estrada Discua. Sonora, ca. 1945.



Fotógrafo no identificado. Ciudad de México, ca. 1935.

asambleas populares o, en el caso de algunos de los cargos religiosos, por autoproposición con la sanción tácita o explícita de la asamblea o en su defecto con base en un calendario rotativo. Existen dos jerarquías que a falta de mejor nombre podemos designar como civil y religiosa. La estructura civil tiene como propósito el mantenimiento de los usos y costumbres tradicionales y el orden público, mientras que la estructura religiosa debe de organizar las fiestas comunitarias. Los Ódami se diferencian de los Rarámuris por la jerarquía civil centralizada presidida por el moyi o capitán general, que tiene autoridad sobre los siete pueblos tepehuanos de la región (un pueblo está usualmente formado por el conjunto de comunidades, llamadas rancherías, que realizan sus rituales de semana santa en una misma iglesia, localizada en un punto central, que frecuente pero no obligatoriamente es una comunidad más grande y con más servicios públicos y comerciales). Sin embargo, entre los tarahumaras cada pueblo tiene una jerarquía independiente.

Aún cuando formalmente las autoridades civiles tradicionales cuentan con capacidades punitivas que incluyen la aplicación de

rudos castigos físicos, en términos generales remiten sus actividades coercitivas a imponer el pago de multas, la restitución de daños o la realización de faenas comunitarias a los infractores. Con mucha frecuencia el único castigo necesario es una comedia amonestación pública, que al reducir temporalmente el prestigio comunitario del ofensor, le produce una intensa vergüenza e incomodidad.

Estas jerarquías tradicionales tienen relaciones complejas (de complementación, sustitución o sobreposición) con las jerarquías que impone el Estado mexicano, como por ejemplo las propias del gobierno municipal o de la administración ejidal. Estas relaciones varían casuísticamente en cada comunidad, e incluso pueden depender en gran medida de las relaciones personales entre los individuos implicados.

Factores de cambio de la estructura social y organización comunitaria

A modo de conclusión el autor presenta un pequeño resumen sobre la manera en que las redes de reciprocidad del "dar" y la tesgüinada han sido elementos vinculantes e incluso identitarios que han permitido a estas culturas sobrevivir hasta nuestros días. Sin embargo, hace notar ciertas influencias que en estos momentos imponen presiones de fractura o cambio sobre la estructura social de estos dos pueblos de la Sierra:

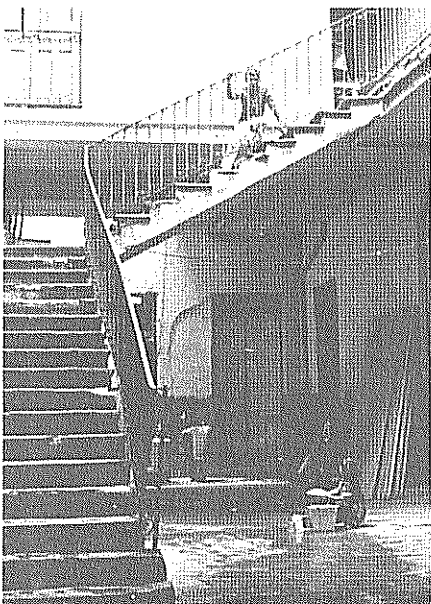
En primer término se sitúa el narcotráfico en la zona, que ha generado fuertes intereses económicos, los cuales presionan sobre los valores igualitarios que estas dos culturas tienen, además de la introducción de armas automáticas de alto poder en la región lo que ha aumentado tanto la frecuencia como la letalidad de los actos de violencia intra e interétnicos que se cometen en estas comunidades.

En este mismo orden de ideas están los intereses madereros, en menor medida los mineros, y de más reciente aparición los turísticos, que no contribuyen directamente a la violencia, pero sí provocan depredación ecológica, pérdida del control efectivo de su territorio por parte de las comunidades indígenas y la aparición de fuentes de ingresos locales que no dependen de las estructuras de reciprocidad comunitarias.

A esto, se añade el creciente y, en buena medida, legítimo interés de las instancias estatales y federales por tener injerencia y dar cabal cumplimiento a sus funciones en la zona. A los cambios que la misma aplicación de los programas de gobierno han provocado debe aunarse la aparición de grupos profesionales de origen tarahumar, maestros de escuela y enfermeras de las clínicas principalmente, que derivan su modo de vida, pero también un gran prestigio, de su asociación con el Estado mexicano.

La presencia, en años recientes, de organizaciones no gubernamentales, ha impactado positivamente, y no sólo es geográficamente diferenciada, si no que tiende a duplicarse y de esta manera menoscabar las estructuras tradicionales de la comunidad. Como última reflexión, Saucedo opina que los problemas y procesos de la región sur de la Tarahumara no son esencialmente diferentes a los de la mayoría de las zonas indígenas de nuestro país, pero sus especificidades resultan prácticamente desconocidas, por lo cual su estudio siempre resultará de extrema utilidad.

*Este ensayo aparecerá en breve en la obra *La comunidad sin límites. Estructura social y organización comunitaria de las regiones indígenas de México*. La obra en tres tomos, que será publicada por el INAH, es el resultado de la primera línea de investigación: Estructura social y organización comunitaria, desarrollada como parte del proyecto *Etnografía de las regiones indígenas de México en el nuevo milenio*.



José A. Rojas Loa. Ciudad de México, 1970-1973.



Raúl Estrada Discua. Isla Tiburón, Sonora, ca. 1945.